Precios de suscripción

En la capital, al mes una peseta: fuera cuatro pesetas trimestre.

Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

NUMEROS SUELTOS
5 CÉNTIMOS
ATRASADOS 10

Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, á 0'75 pesetas mano de 25 ejemplares.

Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador

D. Mateo Seiquer Almela
Crédito Público, 1

No se devuelven los originales.

Año XV.-Núm. 4495 | Murcia 17 de Julio de 1900 | Tres ediciones diarias

†

EL SEÑOR

Don Antonio Rebollo Calatayud

HA FALLECIDO

DESPUES DE RECIBIR LOS SS. SACRAMENTOS Y LA BENDICION APOSTÓLICA

R. I. P.

Su inconsolable nieta, hijo politico Don Ricardo Guirao de la Rocamora, hermanos, hermanos políticos, primos, primos políticos, sobrinos, sobrinos políticos y demás parientes,

Suplican á sus amigos se sirvan asistir á su funeral y entierro, que tendrán lugar en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen, el primero á las nueve del dia de mañana y el segundo á las seis de la tarde del mismo, por cuyo favor les quedarán muy agradecidos.

Murcia 17 de Julio de 1900.

CASA MORTUORIA, PUENTE, 2

EL DUELO SE DESPIDE EN LA PLAZA DE AGUSTINAS

No se reparten esquelas, por expresa voluntad del finado.

Actualidades

Paraiso se retira

Los telegramas de esta madrugada dicen que Paraíso marcha á Panticosa y de allí á su casa, retirándose de la Unión Nacional.

No nos ha sorprendido tan grande como rápido fracaso.

Desde el momento en que el nuevo partido esgrimió como arma la insolvencia del Estado, era de presumir que la conciencia pública rechazaría la bancarrota, la deshonra y la intervención extranjera.

Y se ha visto, que una agrupación tan fuerte, tan poderosa y de tantas esperanzas, se ha disuelto en pocos días.

Han acelerado esta disolución los políticos sin prestigio que á última hora acudieron á la Unión Nacional, á reparar sus averiadas fuerzas.

No podía tampoco hacerse buen vino en odres tan viejos.

—

Los que deseamos que haya en la nación fuerzas sanas y organizadas para regirla, lamentamos de veras el fracaso de La Unión Nacional, por culpa de los torpes elementos que la han dirigido con tan escaso acierto.

Hay que volver los ojos á otros rumbos.

Seguramente, si los políticos se enmendaran, no habría necesidad de pensar en otras fuerzas sociales para el gobierno del Estado.

Quien sabe si, descartando todo lo inútil, podrán aún brotar de la política nuevas esperanzas.

MADRID AL DIA

Es muy curiosa la polémica que vienen estos dias sosteniendo dos periódicos de antecedentes democráticos y liberales. Desea el «Heraldo», uno de ellos, que Sagasta haga declaraciones, concrete su pensamiento y afirme, en suma, el programa con que ha de gobernar. Responde «El Globo» que ese es procedimiento de la política vieja, sujeción y traba inútil, porque el Sr. Sagasta lleva todo un programa en su nombre, todo un sistema inmejorable en sus prácticas de gobierno y una gran fuerza en su amor á la libertad y en su fé jurada á las conquistas democráticas. Ni el «Heraldo» ni «El Globo» se ocupan, ni preocupan para nada del pais; preocupáranse y procederian muy de otra manera y no hiciera el uno tales preguntas, ni diera el otro semejantes contestaciones.

Lo primero que hay que averiguar es si la masa gobernada tiene fe en alguno de los hombres políticos, ni motivos, ni siquiera pretexto para conservarla. No la tiene, no la puede tener. Resultan en la oposición todos los políticos inmejorables y todos en el poder dañosos ó por lo menos deficientes. Cuando se hallan en la primera no tienen palabra mala y cuando logran el segundo no se distinguen por ninguna obra buena. Son todos ellos pródigos y derrochadores en el prometer; tacaños y miserables cuando llega el momento de dar. No sé si es que trabajan en terreno calcinado y estéril ó si es que está calcinado y estéril el espíritu del cultivador; me inclíno más á lo segundo que á lo primero. Se dice de nosotros, con gran injusticia, que somos un pueblo ingobernable, cuando fuera más exacto decir que carecemos de hombres de gobierno.

En treinta años de restauración no ha habido, dentro de la península, nada que turbe profundamente la paz pública. Los chispazos de Badajoz y de Madrid sirvieron para afianzar el órden de cosas establecido. En todo ese lapso de tiempo nadie se ha negado, hasta ahora, como colectividad, á pagar las contribuciones y levantar las cargas del Estado. El fisco ha ído metiendo casi sin protesta, por lo menos sin protesta pública y tumultuosa, la mano en el bolsillo de los contribuyentes. Se contentaba primero con cuatro y después ha doblado sus pretensiones. Nadie se ha rebelado por eso. En la hora de los sacrificios los hizo como nadie la masa popular; da algo quien dá dinero y algo sacrifica quien sacrifica su hacienda, dá mucho más el que otorga su sangre y sacrifica grandes cosas el que permanece sordo á los gritos del corazón. Por todo esto hemos pasado nosotros y ni hemos perdido la serenidad ni la calma.

El desastre del 70 en Francia, costó á Napoleón la Corona y á Ollivier el mando; el desastre de la Abisinia retiró de la vida pública á Crispi. En Francia y en Italia, nuestras dos hermanas de la raza latina, desarrolláronse gravísimos sucesos; en España hemos continuado como si tal cosa. Quiere todo esto decir que el español es un pueblo sin fé, casi un pueblo sin esperanzas. No puede creer en quienes muchas veces le han mentido, ni esperar en los que en tantas otras le han defraudado. A la indiferencia no se la puede ya agitar y mover con promesas, es indispensable hacerla reaccionar con obras.

No creerá el país en Sagasta por lo que éste le diga que va á hacer, sinó por lo que haga; como no creerá en Silvela por lo que le prometa, sinó por lo que le cumpla. Pasada la época de los programas y de las predicaciones, se impondrán no los que hablen sinó los que trabajen, no los que en los circos de la política traten de seducir con sus piruetas y prestidigitaciones, sinó los que en momento oportuno y en sitio adecuado realicen ejercicios de buena administración. No todo puede, ni debe esperarse de la «Gaceta», ni de los que gobiernan; pero en los surcos de la sociedad nada florece sin la lluvia de una política prudente y sabia.

Hemos llegado á tiempos que reclaman Cisneros y Alberonis y resulta que apenas si disponemos de un Nithard ó de un Godoy. ¿Qué falta hace que los tales formulen programas? Fuera mejor que murieran para la vida pública, dejando el paso franco á otros hombres que no llevan consigo la odiosidad de sus fracasos, ni de sus errores. Dentro de los actuales partidos queda aún algo y aún mucho bueno; hay una juventud inteligente, trabajadora, ganosa de hacer algo útil y provechoso; pero ¡ay! que esa juventud parece condenada á servir de puntal á los que son ya verdaderas ruinas. ¿Gloriosas? Bueno; que las declaren monumento nacional y nombren media docena de personas que las cuiden con solicitud. No pueden ser buenos directores los que por sus años y achaques físicos y morales necesitan ser dirigidos.

PEÑAFLOR.

Madrid 16-7-900.

COSAS

Punto final.—La dispersión.—Soledad

Todos los cronistas y todos los que anoche asistieron á la última verbena del Carmen, opinan que ésta fué de primera, de las que hacen época.

Aquello fué el delirio.

El populoso barrio de San Benito parecía un inmenso hormiguero humano.

¡Cuánta gente! ¡Cuánta animación! ¡Cuánta alegría!

Las verbenas no han podido tener un final más brillante, más grandioso.

En Murcia somos así; ó no hacemos nada ó lo hacemos todo; nuestra divisa es *herrar ó quitar el banco*.

La fiesta de anoche fué la de un pueblo vigoroso y fuerte, de un pueblo que sabe sobreponerse á todos los contratiempos y calamidades que afligen al linaje humano.

¡Cualquiera diría anoche que éramos los mismos que hace unos cuantos días estábamos con el alma en un hilo ante la amenaza de una inundación terrible!

El pueblo murciano es un gran pueblo.

¡Qué lástima que por falta de buena dirección no se aprovechen todas sus energías, para que ocupara el puesto que por su virilidad le corresponde!

—

Pero dejémonos de reflexiones.

Con la fiesta de anoche no sólo se dió fin á los verbenas, sinó también á la animación de Murcia por espacio de mes y medio.

Hoy empieza la dispersión general, según costumbre.

Los unos se marchan á Alicante, á Torrevieja, á Cartagena ó á otros puntos marítimos á zambullirse en las frescas olas del mar; los otros se dirijen á sus posesiones del campo á disfrutar de las delicias que ofrece la vida campestre, una de las más cantadas por los poetas; y muchos que no van á ninguna parte, se meten en sus casas, en cuyo zaguan ven deslizarse las horas tranquilamente comentando los sucesos de la vecindad y leyendo los periódicos.

Hay bastante gente que no se resigna á quedarse en casa y esa es la que por las noches se reune en el Malecon, en el Puente, en la Glorieta y en los jardinillos de Romea y Santa Isabel.

Cada uno veranea como Dios le dá á entender.

Lo malo es que algunos que materialmente no pueden veranear *en grande*, solo por el buen parecer se enzarzan en los gastos de viajes y los demás que lleva el veraneo aparejados, y luego tienen que empeñar hasta la camisa para salir de apuros.

¡Qué pícara vanidad!

—

Desde hoy, cada dia que pase será mayor la soledad en Murcia.

Entre las playas, el campo y las fiestas de Cartagena, esta capital se queda más sola que un cementerio.

Murcia parece entonces un escenario después de terminada la función.

Aquí no quedan más que las ratas.

HERNAN GIL.

Lo de Molina

AL SR. GOBERNADOR

Nos dicen de Molina, que alguien de aquel pueblo predica en los campos la resistencia al pago del impuesto de consumos, tan odioso como impopular; y que esta predicación agita y prepara algún conflicto, explotando la ignorancia de aquellos campesinos.

El tacto, la vigilancia y la energía del Go